

Entrevista a José Nun*

por Julio Godio**

HP: La idea es tener tu visión de Argentina en el Bicentenario. ¿Cuáles son los temas que hoy todavía no están resueltos?

JN: Los temas no resueltos... ¿De veras tienen tanto tiempo? Pero vamos a hablar en serio. Cuando me designan Secretario de Cultura, en noviembre de 2004, casi desde el primer día empiezo a hablar del tema. Quería que el Bicentenario se transformara en una especie de momento catártico, que había que preparar y construir, en el que los argentinos revisáramos lo que nos había pasado en tantos años y encontráramos ciertos puntos básicos de acuerdo, reemplazando la lógica amigo-enemigo por la de adversarios. En una palabra, proponía que nos valiéramos del Bicentenario para impulsar un gran encuentro nacional, más allá de las celebraciones y festejos que obviamente deberían conmemorarlo.

Eso suponía, ante todo, desmontar ciertas construcciones míticas como la de la Revolución de Mayo, no para quitarle méritos sino para que pudiésemos reflexionar con mayor claridad. Pasa que, en el momento de la Revolución, Argentina era Buenos Aires. La ciudad se llamaba indistintamente Buenos Aires o Argentina. De modo que el Cabildo, por ejemplo, fue el de esa pequeña ciudad y el total de ciudadanos, en

condiciones de participar de sus reuniones, era aproximadamente de 450, no más. Tanto que, en el famoso Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810 participaron entre 250 y 280 ciudadanos.

JG: Vecinos...

JN: Vecinos, exactamente. Nada más. Fue un fenómeno muy local. Por eso se vuelve tan importante discutir, como hace toda la nueva historiografía, cuándo corresponde realmente fechar el certificado de nacimiento de la Argentina moderna. Y a mí me parece —no sé qué opinás vos, Julio— que la Argentina empieza a armarse como tal hacia 1870/1880.

JG: Sí, en realidad, se funda el Estado-nación centralizado pero, como decía Alberdi, apresuradamente. Porque Alberdi decía que tenía que haber antes una etapa de construcción de la comunidad nacional, en el lenguaje de la época para que luego, en una etapa superior, se construyera el Estado. Y decía que en nuestro caso, era demasiado veloz esta idea de crear un Estado-Nación, sin antes haber constituido una argamasa, para decirlo de alguna manera, de comunidad nacional. Es un hecho histórico importante.

* José Nun, Abogado (UBA). Especialista en Desarrollo Económico (UBA). Investigador Superior en el CONICET. Secretario de Cultura de la Nación en el período 2004-2009.

** Julio Godio, sociólogo, investigador y Director del Instituto del Mundo del Trabajo.

Se agradece la intervención de Héctor Palomino, Director de Estudios de Relaciones Laborales, SSPTyEL del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

JN: Ahora, lo cierto es que, los dos Centenarios, el primero y éste, encuentran a una Argentina en crisis, aunque de rasgos diferentes. Digo, porque en el Centenario, el país estaba creciendo fuertemente, pero había una crisis política muy grande. Vale la pena recordar que el Centenario se da con estado de sitio. Al comienzo de mayo se dicta el estado de sitio por temor a los levantamientos de los anarco-sindicalistas.

JG: Sí, que lo intentan, la FORA.

JN: Al mismo tiempo, el principal partido de la oposición repudia la celebración del Centenario porque el país está en manos de “un régimen falaz y descreído”. Yrigoyen da la orden de que los radicales no participen en las celebraciones.

JG: Y había liderado una revolución cinco años antes.

JN: Exactamente. Roque Sáenz Peña, embajador argentino en Italia, invita a un periodista como representante de Italia mientras que él organiza una gran fiesta en la Embajada de Roma, con príncipes y princesas. El prócer del momento, Julio Argentino Roca, se toma el buque y se va a París. No se queda para el Centenario. Hay que recordar que, por varias razones, el Presidente Figueroa Alcorta estaba lejos de gozar del aprecio de buena parte de la oligarquía vernácula. Lo máximo que consiguió fue que vinieran sólo dos personalidades del exterior: el Presidente Montt, de Chile; y la Infanta Isabel, de España. Y, como nota de color, el gobierno, no sólo les pagó a las delegaciones que llegaban sus gastos de transporte y de estadía sino también todas sus compras personales...

304 JG: En ese contexto, la FORA organiza un paro. Venía ya muy activa desde 1909. La FORA – atención– se llamaba Federación Obrera de la Región, no de la Nación Argentina. En realidad llaman a la movilización que da lugar al estado de sitio, diciendo que no aceptan la idea de patria. Que no puede celebrarse ese acontecimiento, porque la patria es una idea reaccionaria. Y eso, fijate qué importancia tenía en

esa época, da lugar a una reacción del estado, temeroso de que se le produzca algún tipo de movilización que le arruine la celebración. Después los anarquistas retroceden porque se dan cuenta que les va a caer todo el peso del estado encima.

JN: A esto sumale otra cosa. Sin olvidar, desde luego, a las poblaciones originarias, solemos decir con bastante razón que la Argentina moderna es sobre todo un país de inmigrantes, ¿no es cierto? Y efectivamente, la cantidad de inmigrantes que llega a la Argentina es mucho mayor, en términos porcentuales, que la que llega, por ejemplo, a los Estados Unidos.

JG: Claro.

JN: Pero hay una característica muy notable que tiene que ver en gran medida con lo que después les querría comentar sobre Joaquín V. González. En Canadá, país que va a ser uno de los grandes competidores de la Argentina como agroexportador, el estado había comprado las grandes extensiones de tierra que tenía la Hudson Bay Company (dedicada al negocio de las pieles) y que incluían a provincias como Manitoba y Alberta, donde están ubicadas las praderas canadienses. O sea que el estado se transforma en el dueño de las tierras más feraces, lo que lo lleva a dictar hacia 1872 el *Homestead Act*. Según esta ley, todo ciudadano canadiense sin otro medio de vida y que quisiera afincarse y trabajar la tierra tenía derecho a recibir un terreno adecuado a la explotación a realizar.

Esto marca el verdadero nacimiento de los *farmers* canadienses. Ahora, como dije, para ello se requería ser ciudadano del país. Gobernaba en esa época el Partido Conservador, encabezado por un gran líder que se llamó John Mac Donald, que abrió el país a la inmigración. Su opositor, el Partido Liberal, se percata rápidamente de la oportunidad que se le presentaba. Sus militantes van a los puertos para esperar a los inmigrantes, afiliarlos y ayudarlos a hacer el trámite de ciudadanía para poder aspirar así a una parcela de tierra. De este modo, amplía considerablemente sus bases pero lo que más

me importa subrayar con fines comparativos es que los pequeños y medianos productores rurales estuvieron muy tempranamente representados en el Parlamento. Más aún, en un contexto en que el gobierno federal no estaba dominado por los grandes intereses agrarios sino por las burguesías financiera e industrial.

Casi nunca se dice ni se enseña que la Argentina fue el único de los grandes países agroexportadores de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX donde las riendas del gobierno estuvieron en manos de la oligarquía terrateniente. Esto resultó fundamental para la formación del país. ¿Qué hizo Argentina con los inmigrantes? Ni los conservadores ni tampoco los radicales demostraron interés alguno en que se convirtiesen en ciudadanos; al revés, les pusieron trabas importantes para hacerlo. En realidad, los que empujaron sin éxito ese proceso fueron dos partidos pequeños como el Socialista y el Demócrata Progresista. Las consecuencias son claras. El Censo canadiense de 1912 muestra que prácticamente un 50% de los inmigrantes ya eran ciudadanos. En la Argentina, según el Censo de 1914, la proporción era inferior al 8%. Con lo cual, al tiempo del Centenario, existía aquí una fuerza de trabajo considerable (éramos claramente un país rural) que carecía de derechos políticos.

Estos y otros factores alimentaron el clima de crisis al que me referí antes. Y llego, como anticipé, al riojano Joaquín V. González. Fue una figura política excepcional y hoy lo definiríamos como un conservador moderno: por ejemplo, en 1907 redactó el primer proyecto de un Código del Trabajo que hubo en el país. Para el Centenario, publicó un extenso artículo en el número especial que editó el diario *La Nación*. Su título: "La lección de un siglo" y apareció luego en forma de libro.

¿Cuál es esa lección? Dicho sintéticamente, la Argentina es un país excepcionalmente próspero, con todos los recursos para figurar entre las grandes potencias del mundo menos uno. Y es que arrastra un problema tan persistente y profundo que, escribe González, "yo me atrevería a llamarlo la ley histórica de la Argentina". ¿Cuál es? La ley de la discordia nacional. La lección de un siglo es que los argentinos siempre estamos en crisis

y peleados entre nosotros. Tesis ciertamente premonitoria, porque hoy uno podría...

HP: Preguntarse de qué Centenario hablamos...

JN: Claro, hoy en día uno podría decir exactamente lo mismo. No es que haya un debate cívico, civilizado. Vuelan siempre los insultos, las descalificaciones, las zancadillas... Es un fenómeno recurrente en los últimos cien años. ¿Cómo explicarse los ciclos de golpes de estado? Qué mejor evidencia de la permanente discordia nacional, que llegó a su paroxismo en 1976. No se trata de reemplazar livianamente un análisis de clase por un análisis de los humores, pero sí de comprender que en la Argentina no se constituyó, no se formó acumulativamente una cultura política del diálogo, de la consideración al adversario... Que los intentos en esa dirección siempre se truncaron muy rápido. Recordemos que a Yrigoyen, por ejemplo, se lo enfrentó con los peores argumentos e insultos. Y que lo mismo sucedió con Perón.

JG: Quisiera agregar algo. Acá me parece que hay una contradicción política de fondo entre la formulación del proyecto del '80, que en realidad es parecido al de Canadá, al de Australia, con la construcción de un poder político real basado en la idea de una sociedad ganadera. Ahí, en esa contradicción, está el gran lío de Argentina. En el modelo del '80 no estaba la idea de que la tierra se iba a distribuir en un año, como se hizo. Estaba la idea de una sociedad ganadera, pero al haber una idea de sociedad ganadera esto bloqueaba todo ¿por qué? Porque implicaba la no integración de segmentos de la sociedad que tenían que ser incluidos para que tuviéramos la argamasa esa que faltaba, según Alberdi.

JN: Pero no estaba pensado un mecanismo de inclusión en la política; entonces, no se podía construir una nación sino otra cosa, siguiendo con el razonamiento anterior. A principios del siglo XX las dos potencias exportadoras de trigo del mundo eran Canadá y Argentina. Y Argentina primero y Canadá segundo. Pero los *farmers*, dueños de la tierra, tenían incentivo

para mejorar su condición, aunque era muy difícil por su invierno atroz, y la desventaja de la lejanía del puerto, no como el caso de Rosario.

JG: Acá no hubo un partido que fuera al puerto a recibir a los inmigrantes y los transformara en *farmers* o en ciudadanos sino que, justamente al revés, la idea era que entraban como mano de obras con discordias.

JN: Exactamente. Además de que buena parte de la inmigración, la principal era italiana, era una inmigración donde el 50% se volvía recurrentemente a su país. Pero volviendo al ejemplo del trigo, en diez años, ya para 1910, Canadá es la primera potencia exportadora de trigo, y logra una cosa que Argentina no logra ni se lo propone. Canadá logra insertarse en el doble ciclo de consumo de trigo de Europa. Un ciclo de trigo fino para la población y otro para el ganado, mientras que Argentina participa de uno, porque los avances tecnológicos son muy distintos, y son producto de la situación política y social que tienen los dos países.

Bueno, llegamos al '30 y lo que conocemos es que en realidad hay bastante evidencia de que los hijos de la oligarquía que habían ido a estudiar a Europa y volvían, se insertaban en la burocracia estatal, y hacia fines de los '30 hubo intentos de cambio y se enfrentaron con los padres. Empieza a haber tensiones porque quieren modernizar el Estado, según lo que han aprendido. Pero bueno, ya después vienen las cosas que todos conocemos: el golpe del '43 y el ascenso del peronismo.

Una acotación: sin duda el peronismo conjuga las tradiciones democráticas y liberales que caracterizaron a las potencias más avanzadas. Lo que muchas veces no se tiene en cuenta es que en los años '20 había unos 36, 37 países que se denominaban a sí mismos democracias políticas; en los '30 esta cantidad se reduce a 17, 18 países. Cuando comienzan los años '40 el futuro parece ser o el fascismo o el comunismo, pero no la democracia liberal. Y cuando termina la guerra: países democráticos-liberales hay 12. Es decir, la democracia ha disminuido mucho.

JG: Por ejemplo, desapareció en Checoslovaquia.

JN: Ahora, cuando llega luego la primera ola de democratización en Alemania Occidental, Italia y Austria, se crean formas de estado social. Porque la desigualdad es un factor que se tiene muy en cuenta. Es decir que no puede haber igualdad política si hay una desigualdad social muy grande y la guerra fue la gran igualadora. Ya había pasado con la Primera Guerra Mundial. Tenés un antecedente todavía en el siglo XIX, el precursor de los estados de bienestar fue Bismarck. ¿Por qué trataba de proteger a los trabajadores? Porque estaba tratando de unificar a los estados prusianos y formar la Alemania contemporánea. Gracias a la Primera Guerra Mundial en Gran Bretaña va a haber sufragio universal masculino, y después sufragio universal femenino. Entonces, la guerra va unida a medidas de bienestar apuntando a reconstruir, a mejorar la situación de los que menos tienen.

Acá una observación que es muy importante subrayar. Estados Unidos lanza el Plan Marshall en 1947, para la reconstrucción de 19 países europeos. El Plan Marshall estaba formado en un 50% por donaciones, subsidios, y en un 50% por préstamos. Los subsidios suponían que los artículos los proveía Estados Unidos. Los fondos fueron 35.000 millones de dólares. Si uno los actualiza representan ahora unos 150.000 millones de dólares. ¿Cuánta plata salió de la Argentina durante la última dictadura militar? Más de 150.000 millones de dólares. Es decir que este país tuvo un Plan Marshall al revés. El Plan Marshall que sirvió para levantar a 19 países, Argentina lo regaló, lo mandó afuera y sin embargo siguió de pie. Pero con unas consecuencias enormes, porque cuando la gente se pregunta cómo es que no se cumplieron los sueños

JG: De Australia...

JN: ¡Claro! ¡Miren el saqueo que sufrió este país, miren lo que significa! Lo veía a Lavagna diciendo que en realidad Argentina podría tener por lo menos 87.000 millones, sólo que en el último par de años se fueron 40.000 millones.

Pero no criticó que se hayan ido 40.000 millones. A lo que voy es a que Argentina fue expoliada, saqueada. Retomo.

Segunda ola de democratizaciones, año '70, cuando ya empiezan a debilitarse con la crisis del petróleo los años dorados de la posguerra para los países avanzados. Ahí se produce la democratización de Grecia, de Portugal y de España. En los tres casos se redistribuyó el ingreso y la desigualdad se redujo a la mitad. Es fundamental tenerlo eso en cuenta. En el caso de España las medidas de protección social que ahora están en crisis, se mantuvieron tanto en las fases buenas del ciclo como en las fases malas. Quiero decir, los procesos de democratización estuvieron asociados a procesos de incremento de bienestar social de la mayor cantidad posible de ciudadanos.

En cambio, ¿cuándo comienza la ola de democratización en América Latina? En la década del '80, en la llamada década perdida, ¿no es cierto? Entonces, no hay ni vestigios de un Estado social, de un Estado de bienestar, de aumento de la protección para los trabajadores, sino todo lo contrario y después en Argentina...

HP: Se trata de una reversión...

JN: Exactamente. Después de los años '90, pasado el momento fantasioso e inicial del Plan de Convertibilidad, vemos que uno de los costos de este plan es la desocupación. Obviamente, quien más sufre es la mano de obra. Si se liberan los derechos de importación y de exportación, si podés importar libremente, si el peso vale lo mismo que el dólar, no cuesta mucho darse cuenta que las fábricas argentinas que caracterizaron el período de sustitución de importaciones y que fueron la base del desarrollo de Perón, y después bajo Frondizi, iban a desaparecer. Si vos contrastás esto con la experiencia de un país como Brasil, tenés razones para no asombrarte de que a Brasil le esté yendo bien y a Argentina no tanto. Porque en Brasil desde los años '30 ha habido una continuidad de las políticas económicas muy notable, fuera de los gobiernos civiles o militares.

Digamos, el desarrollismo se instaló en Brasil prácticamente sin interferencias. Lo que Lula

representa es la asociación de ese desarrollismo capitalista con una preocupación genuina por el bienestar de los de abajo, por la incorporación de los marginalizados. Porque una de las formas de afuncionalizar la posible disfuncionalidad de los excedentes de población es tenerlos retenidos regionalmente. Entonces, el nordeste y los latifundistas del nordeste eran defendidos por la burguesía industrial moderna de San Pablo. ¿Por qué? Porque les contenían la mano de obra. Por eso fue tan revolucionario lo de Paulo Freire, porque sabía que sin leer y escribir no podían votar. Entonces, cuando Paulo Freire inventa un método por el cual en una semana te enseñaba a leer y a escribir; genera en el curso de un año 10 millones de nuevos ciudadanos. Y esta es una de las razones que promueve el Golpe, porque la racionalidad del asunto era que se estaba desarticulando ese Brasil. Entonces van a ir a pedir trabajo al centro, se van a liberar del encadenamiento en el que estaban.

JG: Vos te referiste a la importancia que tiene la política desarrollista en el Brasil. No es ahora el momento para detenernos, más allá de la relación que puede haber entre la idea de Imperio, la idea de Nación y de desarrollo en Brasil, que no tenemos nosotros. Pero te doy otro dato: la izquierda brasileña desde por lo menos los años '40 tiene una cultura política desarrollista. El Partido Comunista de Brasil, que había encabezado una revuelta en los años '30, en un intento revolucionario financiado por la COMINTER; ese mismo partido en el '46 adopta una plataforma desarrollista. Esto da lugar a una lucha interna muy fuerte y la plataforma en realidad no es sostenida en forma permanente o completa por el partido, pero si es aprobada. Ahí hay un interés fenómeno porque yo creo que acá incluso la izquierda, y esto se podría vincular con algo argentino de los montoneros, la izquierda revolucionaria brasileña de los años '60 llevó a la práctica la teoría del foco, como forma de lucha, pero su plataforma era desarrollista. Eso es interesante porque te explica que desde la izquierda también, siempre ahí se acompañó la idea desarrollista en mayor o menor grado.

JN: Exactamente. En cambio acá lo que tenés permanentemente la discordia nacional de que hablaba Joaquín V. González y el nuevo régimen que se instala siempre se define a sí mismo como un régimen refundacionista, vamos a crear la “nueva Argentina”, todos empiezan de nuevo. Es como el himno a la falta de continuidad.

JG: Sí, es irrealista. Ahora, yo creo que acá el problema está en que el país necesitaba construir, como sí hicieron Canadá, Australia; desde por lo menos la Primera Guerra Mundial, una verdadera economía de mercado, de perfil industrial. Al no resolverse ese problema de fondo, al no haberse producido el pasaje a esa fase, se resolvió después el problema desde el punto de vista administrativo. Se crearon algunas entidades importantes para el fomento, pero no se estaba pensando en el fondo, en una economía de mercado agroindustrial e integrada, que cobijase a lo que va a ser la industrialización. Entonces acá hay un problema no resuelto en la historia de esta palabra mercado, que me parece que es muy importante –vos has trabajado esto mucho más que yo– para explicar cosas que han pasado en el mundo con la caída del llamado “socialismo real”.

HP: Pensando en el tema específico del Bicentenario, en esa visión: este Bicentenario nos encuentra, qué curioso, igual que el primero, en medio de la discordia, como diría Joaquín V. González...

JN: Exactamente, con el inconveniente de que la economía no está sana como estaba a comienzos del siglo XX...

HP: En aquella época la economía era pujante y el problema estaba en el sistema político. Hoy está también en el sistema político, pero no es claro que la economía sea tan pujante como en esa época.

JN: Creo que la derecha ha tenido un éxito impresionante en el cambio ideológico, de varias maneras; y esto tiene que ver con una observación que hacía Julio antes sobre el mercado. La primera es que universalizó la idea de que existe

tal cosa como la economía en general, cuando lo que existen son regímenes sociales y de acumulación, que están absolutamente gobernados por la política, por la ideología y que dependen muchísimo de la cultura dominante de cada país. En segundo lugar, han manejado la idea de mercado, vinculada justamente a esta idea universal de la economía; como si se pudiera hablar del mercado en general. Spencer en el siglo XIX trata de fundar toda una teoría de la sociedad alrededor de toda una idea de mercado y de contrato, y en su tesis de doctorado sobre la división social del trabajo Durkheim le hace una crítica demoledora, porque dice que jamás puede ser el punto de partida del razonamiento el mercado y el contrato, porque para que haya contrato tiene que haber ley; para que haya contrato tiene que haber confianza, tribunales, instituciones. Entonces, ninguna sociedad puede empezar por el mercado o por el contrato. Pero en segundo lugar, yo no conozco, dice Durkheim, tal cosa como el mercado en general o la economía en general. Conozco la economía francesa, la alemana, la economía inglesa; la forma en que el mercado está armado en un lado o en otro son experiencias nacionales, propias de cada uno de los lugares.

Volvamos a nuestro tema. El Centenario se da en el momento de una crisis muy fuerte, después la calificamos como crisis política. El Bicentenario se da igualmente en el contexto de una fuerte crisis política en el país, acompañada de problemas económicos que no llegan al grado de constituir una crisis, pero que son ciertamente preocupantes. Una crisis tiene dos aspectos, como sabemos: un aspecto negativo y un segundo, el que te obliga a pensar alternativas, el que te obliga a buscar soluciones. Las soluciones nacen de crisis. Los estados de bienestar nacieron de la guerra, las mayores innovaciones tecnológicas de los últimos cien años se han producido en el contexto de las guerras o de la preparación para la guerra. Son las inversiones de Reagan preparando la guerra de los...

HP: La guerra de las galaxias...

JN: Exactamente, la que da impulso a la informática, al desarrollo de las computadoras

y todo esto. Entonces, el aspecto positivo de las crisis sobre el que yo creo que habría que insistir, tiene que ver con que la derecha logró producir particularmente desde los años '80 en adelante un vaciamiento, acá y en muchos otros lugares de la noción de igualdad, que desapareció del lenguaje político. Libertad, derechos humanos... todo esto sigue, pero la idea de igualdad comienza a ser liquidada mucho antes, en el contexto de la Guerra Fría y el argumento es muy sencillo. Los que defienden la igualdad quieren un mundo en que no haya diferencias, sin atender a los talentos distintos, a la diversidad de fuerzas físicas, quieren uniformidad. Es decir, igualan, igualdad con uniformidad. Para que haya uniformidad se requiere un poder muy fuerte. Vale decir que todos los que defienden la igualdad en el fondo están defendiendo el totalitarismo. Ese es el argumento central durante la Guerra Fría.

HP: Claro, es un silogismo.

JN: Claro. Pero absurdo en un sentido, viola su propia lógica, porque quiere decir que hay alguien que tiene una enorme concentración de poder. Es decir, no es una sociedad totalmente uniforme o igualitaria: el poder está concentrado en aquellos que deben asegurar la uniformidad. Y la uniformidad es lisa, es chata y todo lo que sabemos. Eso hizo que los políticos retrocedieran ante la palabra igualdad.

En este momento en Argentina ha comenzado a instalarse, yo creo que con mucha más fuerza que en otros lugares, el tema de la desigualdad, porque se lanzan planes que tienen por fundamento combatir la desigualdad, como los planes Trabajar, como las Cooperativas. Me parece que es un gran paso adelante abandonar la reducción del problema social a la pobreza, porque desigualdad y pobreza no son la misma cosa. Vos podés tener satisfechas todas las necesidades básicas y vivir sin embargo, en un contexto de alta desigualdad y la desigualdad produce efectos muy poderosos, es un factor desequilibrante y de discordia social.

Desigualdad tampoco es lo mismo que inequidad. Equidad significa que a igual trabajo igual remuneración. Es una noción de

proporcionalidad. Ejemplo típico: el ingreso que reciben las mujeres por realizar el mismo trabajo que los hombres y que es muy inferior: ese es un caso de inequidad. Ahora, la desigualdad no es eso. Tiene que ver con que todos tengan la posibilidad de acceder a los bienes. No es que estás comparando dos trabajadores a ver quién gana más. La desigualdad es un fenómeno estructural que tiene que ver con la posibilidad de desarrollo humano. Con la posibilidad de que tengas buena alimentación, de que tengas buena salud, de que puedas realizar tus potencialidades.

Y esto no es lo mismo que haya igualdad de oportunidades. Igualdad de oportunidades es, otra vez, un recurso del liberalismo para absolutizar el valor de la libertad, no de la igualdad. Entonces, igualdad de oportunidades, como alguien decía, es que un pobre y un rico tengan la misma posibilidad de estar parados en una esquina pidiendo limosna. Por eso tenemos que hablar de igualdad de resultados.

Es decir, vos creas escuelas, jardines de infantes y demás, en zonas pauperizadas, atrasadas. Pero para combatir la desigualdad, los mejores profesores tendrían que estar en esas escuelas marginales, las mejores bibliotecas tendrían que estar allí. Entonces, es un cambio de enfoque subversivo. ¿Qué quiere decir que sea subversivo? Que va en contra de lo naturalizado, de lo que se considera normal. Hay que tomar conciencia de lo subversivo que esto resulta. Las reacciones enormes que provoca y que, curiosamente, suenan bien a los oídos de una clase media que está tan acostumbrada a ser hablada o ser pensada por los ideólogos de la derecha, que lo da por descontado que las cosas son así.

Entonces, a mí me parece que el Bicentenario sería un momento de crisis en el que la idea de la desigualdad tendría que tener un lugar fundamental, pero no como declaración sino como análisis a fondo de las condiciones que producen la desigualdad, lo que implicaría una transformación muy radical de la sociedad. Eso no significa la desaparición de un mercado, eso no significa la desaparición del capitalismo. Creo que esto es lo que tiene bastante instalado en su cabeza Lula. Mayor igualdad. No va a cuestionar a las fábricas qué están produciendo

y qué está permitiendo el crecimiento de Brasil, pero va a luchar por una mayor igualdad, va a incorporar millones de personas. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros. Y esta es la discusión que ojalá que se instale en todos los rincones.

JG: En esa dirección que vos planteas, de considerar como central el tema de la desigualdad, creo que en este Bicentenario es medular reforzar la idea de que tenemos que ir a una economía de mercado. Pero una en la que el Estado ya no juega un rol decisionista desde arriba, sino más bien que es un promotor de la organización del mercado, para que estos puedan funcionar bien y haya ahí un sustento de acuerdos tripartitos: empresarios, sindicatos, Estado. Es lo que me parece que se planteaba como tarea central y sigue estando como tal en el gobierno de Cristina Fernández. Esta idea de organizar los mercados me parece importante porque en la teoría económica moderna empieza a aparecer la idea de que el mercado, que es esta categoría organizadora de mundo, ahora tiene que ser organizado de tal manera que permita el crecimiento y mejoramiento del bienestar social. Pero sacándose de la cabeza las viejas ideas de que se podía volver al sistema de planificación tal como fue para salir de la crisis del '29. Estamos en otra etapa del capitalismo y ya no podemos hablar de eso.

JN: Incorporaría una cosa a lo que vos decís. Cuando en Estados Unidos la gran burguesía se horrorizaba por el ascenso de los movimientos estudiantiles, de los movimientos de género, de los movimientos de igualdad racial... Estaban hartos de las marchas estudiantiles, sindicales, de las marchas de los negros, entonces un gran socialista que se llamó Irving Howe dijo: "los grandes capitalistas marchan todos los días sobre Washington, están instalados ahí".

Este es un problema muy serio que tenemos en la Argentina, porque esto ha pasado en Argentina con enorme fuerza. Primero, con la dictadura militar; después con las claudicaciones de los años '80 y después con lo que sucedió en los años '90. Entonces, plantearse

la lucha contra la desigualdad, plantearse la lucha a favor de mercados regulados y más transparentes y todo eso; a lo que te remite es a una cosa previa, que esa es también una marca del Bicentenario como enorme interrogante y tarea: construir la organización política capaz de darle soporte a esto. Son tales los intereses que desafías simplemente al plantearte esto. ¿Qué estás planteando? Que seamos todos iguales, que no haya discriminación, que se respeten las leyes del trabajo, que no evadan, que los mercados funcionen adecuadamente; y sin embargo, esto es tan subversivo, que si no tenés una muy fuerte organización política que lo defienda, que lo sostenga, estás condenado a fracasar.

Y es tal el papel que juegan los medios por ejemplo, que no podés ceder una baldosa. Pero la alternativa que tenés que plantear tiene que ser una alternativa superadora. Creo que hay una tarea hasta educativa, pedagógica que es enorme. Porque lo que estás tratando es de reemplazar el pensamiento hegemónico. Sin una nueva cultura democrática nada de esto va a ser posible. Y para instalar una nueva cultura democrática necesitás instrumentos materiales, como por ejemplo, las computadoras, los libros, y recursos humanos, y recursos económicos. Pero resulta que en general la cultura es la hermanita pobre en la Argentina. Después muchos políticos o gobernantes se sorprenden de que su mensaje no llegue a destino, o de que tenga tanta fuerza el mensaje del adversario. A mí me parece que esto tiene una importancia crucial. Si logramos instalar estos temas en el contexto del Bicentenario, bueno, podemos aspirar a que el Tricentenario no repita tan al pie de la letra la ley histórica de la que hablaba Joaquín V. González.

HP: En eso, ¿qué rol tienen los intelectuales y los políticos? El rol de los intelectuales y políticos de esa instalación.

JN: Hay intelectuales muy capaces en Argentina, y que tienen muchas cosas para decir. En general, esos intelectuales si son progresistas suelen estar muy desanimados frente a la cosa pública. Entonces, se dedican a su profesión. ¿Cuántos intelectuales están

politizados en serio? Creo que son pocos. Hoy el intelectual está más interesado en su carrera y en escribir un *paper* que lean sus colegas, sus alumnos, y que sobre todo le dé puntaje para ascender en la carrera de investigador en el CONICET, o que acumule publicaciones para poder presentarse a concurso.

La profesionalización del intelectual que por un lado está bien, nunca estuvieron mejor remunerados que ahora los investigadores en la Argentina, pero no salen a decirlo.

HP: Impresionante...

JN: Es bastante notable esto. Han mejorado tanto sus condiciones que forman un grupo bastante especial. No tengo inconveniente en dar un dato personal. Cuando entré a la función pública era investigador superior del CONICET. Cuando dejé la Secretaría decidí jubilarme y pedí asesoramiento. Hicieron un análisis y me dijeron: “a vos te conviene lejos –estuve casi cinco años como Secretario de Cultura– jubilarte como investigador del CONICET, antes que como Secretario.” ¿Es increíble, no cierto? Pero me mostraban la diferencia, es fenomenal. ¿Quién está enterado de esto? ¿Quién lo reconoce? ¿Quién lo agradece? Entonces, me parece que los intelectuales están –como es una palabra muy corriente en México– están enconchados. Es decir, están metidos en su concha. Y eso los vuelve profesionales como otros.

Lo que uno ve actuar como intelectual público es el levantado por los medios, que están controlados por los grandes intereses encontrados. Que repiten incesantemente las mismas cosas. Y los intelectuales progresistas que quieren ser intelectuales públicos tienen muy pocos espacios donde expresarse para un público amplio. Me parece que este es un problema que también hay que poner sobre el tapete, para discutir con los intelectuales que están tan profesionalizados. Entonces, lo más fácil como racionalización para un intelectual que finalmente lo que quiere es hacer carrera como investigador y después jubilarse muy bien, es decir: toda la política es una porquería, y si toda la política es una porquería yo me ocupo de lo mío.

HP: Claro, pero eso significa desvincular ese incremento del bienestar material de la política que lo sostuvo, que lo produjo. Una desvinculación de la política.

JN: Por supuesto. Pero bueno, eso es lo que estamos presenciando. Yo hubiera esperado un poco más de agradecimiento. Históricamente, no me acuerdo cuando Houssay creó el CONICET, habrá sido hace 50 años por lo menos.

JG: En el '57.

JN: Bueno, sí, fue en el '57 hace 53 años. En una palabra, en medio siglo nunca los investigadores del CONICET estuvieron tan bien como están ahora. Y este no es un asunto que conozca el público medio. Me gustaría conocer la reacción de la clase media si se le dice: “mire este gobierno tan denostado por ustedes y por los medios que ustedes leen, resulta que es con el gobierno que más ha levantado la posición de los intelectuales dedicados a la investigación”. Y es el primero que crea un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva. Son temas que están ausentes, que hay que instalar y para esto se necesita organización. No hay vuelta. Igual es limitado lo que se puede hacer desde las esferas de gobierno. Porque tiene un signo negativo. Es fácil de tildarlo de oficialista. Esto no lo leo porque...

HP: Porque es propaganda oficial. O sea, no es constatación de un hecho objetivo, sino...

JN: Exactamente, todo esto que estamos conversando esta tarde de un plumazo, decís, es propaganda oficial. En cambio, lo que escribe el señor Marcos Aguinis no es propaganda oficial, ¿no?

HP: Bueno, Julio, en este punto creo que vos pensás exactamente lo mismo, el déficit...

JG: Yo creo efectivamente que el problema central del kirchnerismo consiste en que todavía no ha podido crear ningún tipo nuevo de organización política y social, y esto no permite a los intelectuales constituirse como parte orgánica del proceso político. Teniendo sí en cuenta

de que ha habido cambios. Los intelectuales argentinos de hoy, los que se reúnen en “Carta Abierta”, están dándose cuenta de que tienen que alinearse con un proceso. En realidad, en ese proceso hay que diferenciar entre lo que son Kirchner y Cristina Kirchner, de lo que es el kirchnerismo como proceso político social-cultural de transformación, que los está motivando a los intelectuales a defenderlo en tanto son concientes que ya no pasa por las personas, sino por la capacidad de construir un país nuevo. Creo que los intelectuales caen en cuenta de que está sucediendo ese proceso. Sin embargo, está lo que decía vos de cómo se ha mejorado notablemente el nivel de remuneraciones del CONICET o las políticas para desarrollar la infraestructura del CONICET, y no hay...

HP: Reconocimiento.

JG: Y entonces la gente no hace carne de lo que en realidad es uno de los componentes centrales de la época que es la innovación tecnológica.

HP: Exactamente. Conversando con colegas sobre esto que es llamativo hay como dos reacciones para los colegas de mi edad. Una es no vincular el incremento de los ingresos a una política de estado, sino algo así como un reconocimiento al mérito: “me lo merezco”. Como una especie de derecho a percibirlo. Entonces, no es la política. Y en segundo lugar, el tema de que no es sólo eso sino que se han ido muchísimo a la base, o sea, la cantidad de becas y tal se están masificando. Entonces dice: “ahora entra cualquiera”, ¿no? Esa es la posición. Entonces, esa mezcla de vinculación de la situación personal de la política como si no estuviera vinculado a eso, negación de ese vínculo; y por otro lado, elitismo. Esa combinación es...

312 JN: Sí, es nefasta. Bueno, yo creo que el Bicentenario es la oportunidad para discutir estas cosas, en vez de hacer solamente fiestas escolares.

HP: Discutamos sobre desigualdad.

JN: Claro, discutamos sobre la desigualdad, esta es la tarea. Discutamos sobre la discordia

nacional, ¿por qué somos así? Uno lo está viendo en los pocos debates que aparecen en estos días en los diarios o en las revistas; reiteran ese espíritu de la discordia, en vez de discutir argumentos.

JG: Favorecer a nivel nacional un debate sobre la discordia...quizá eso ayudaría a avanzar mucho políticamente al país.

JN: Y vos sabés que me gustaría y no tendría nada para oponer, a *La Nación*, porque uno estaría citando el párrafo espectacular del libro de Joaquín V. González. Uno estaría citando a *La Nación*...

HP: ¡Ah! claro, los padres de la patria.

JN: Los padres de la patria. Entonces, hoy vemos que se reproduce algo que hace cien años ya había diagnosticado como ley histórica de los argentinos Joaquín V. González, veamos por qué se reproduce, analicemos las condiciones que son diferentes, pero veamos en el fondo de la cuestión, cómo es que esto sucede. Yo creo que es un temazo, un gran tema para discutir.

JG: Se pueden encontrar algunos temas que no son los clásicos de discusión, pero la forma de partidos... es hora de empezar a meternos más en estos temas, yo creo que la sociedad quiere salir de esta discordia. La sociedad no quiere vivir así.

JN: Pero justamente los promotores de esta discordia, la oposición al gobierno se aprovecha de eso, se aprovecha de que la sociedad quiere paz, son todos bonitos, y dice que quien insulta, es el gobierno. En este sentido me parece que sería hasta didáctico que se pusiera esto en la agenda. Digo proponer temas de agenda. La desigualdad para mí es uno, la discordia nacional es otro, la organización política para reformular el sentido común de los argentinos es una tercera. Me parece que eso haría mucho más productivo el festejo del Bicentenario, que los discursos del Senado sobre la patria y los héroes.